

mo poder ejecutivo, dispone que yo presente el parte de aquellas operaciones militares, para trasmitirlo al conocimiento del soberano congreso.

Cumpliendo con los deseos de los supremos poderes y con el deber que me impone el carácter de general en jefe del ejército con que funcioné en aquel tiempo, procederé desde luego á presentar una relacion sencilla de mis operaciones en la parte que me falta; pues como V. E. verá en la adjunta nota que al recibir la de V. E. iba á dirigirle por los motivos y para los objetos que indica, he formado ya la que comprende desde la celebracion del armisticio: me referiré, pues, ahora á los sucesos anteriores que tuvieron lugar desde que ingresé á la capital en fines de Mayo último.

He manifestado en documentos oficiales, que mi marcha de Orizava á Puebla tuvo varios objetos, y fueron el aumentar, equipar y organizar las cortas fuerzas con que me encontraba en aquella fecha y hacer una vigorosa defensa, si era favorecido de los poderosos recursos del Estado; pero que las circunstancias de haber encontrado la ciudad desmantelada, sin tropa ni material alguno de guerra, por haber dispuesto el comandante general que todo se trasladara á lejanos puntos y la aproximacion del ejército enemigo que siguió mis pasos sin darme lugar para nada, me precisaron á continuar hasta la capital de la república.

Cuando en ésta esperaba encontrar grandes preparativos de defensa, solo advertí síntomas de revolucion, que se conjuró afortunadamente con mi oportuna presencia. Me impuse con pesar igualmente que estaba resuelto su abandono, juzgándola sin elementos para defenderse, y que el tabaco, archivos y otras cosas habian comenzado á salir para el interior. Me apresuré por esto á citar una junta de todos los generales presentes, que tuvo lugar el siguiente dia de mi llegada. En consecuencia de su resultado, resolví encargarme del gobierno, indispensable medida, para preparar la defensa acordada en conformidad con mis deseos.

Como habia tan poco de que disponer, y era indispensablemente necesario ejército, fortificaciones, materiales de guerra, y sobre todo, dinero, mis apuros fueron tan grandes como debieron ser mis esfuerzos. Sobre esto me refiero á las constancias que deben aparecer en los ministerios, y que yo pido presenten los señores ministros que tuvieron la penosa tarea de acompañarme en dias tan angustiados. Yo no las acompaño por carecer en este lugar de mi archivo particular; mas al gobierno puede serle fácil acopiarlas, para que se vea que se

atendió á todo, y que absolutamente nada se omitió al llevar al cabo la buena defensa de la capital contra un ejército victorioso y provisto de cuanto el arte requiere para hacer con éxito la guerra.

Se nombró general en jefe del ejército de Oriente al Esmo. Sr. general de division benemérito de la patria D. Nicolás Bravo, y de segundo al Esmo. Sr. general D. Manuel Rincon. Igual nombramiento se hizo para el ejército del Norte en el Esmo. Sr. general D. Gabriel Valencia, y de su segundo en el Sr. general D. Mariano Salas. Estos dos Sres. generales marcharon luego para su destino; pero los dos primeros renunciaron pocos dias despues aquellos encargos, por lo que se nombró al Sr. general D. Manuel María Lombardini en jefe del ejército de Oriente, quien desempeñó este encargo á satisfaccion del gobierno, hasta que por la aproximacion del enemigo, tomé yo el mando general del ejército, en uso de las facultades extraordinarias con que el congreso general se habia servido investir al gobierno, en su decreto de 20 de Abril, para todo lo relativo al mejor éxito de la guerra contra nuestros invasores.

Designados los puntos que debieran fortificarse pasageramente en primera y segunda línea, no se perdió momento para aprontar los materiales, peones &c., y en menos de tres meses se vieron levantadas respetables fortificaciones, que dirigió primero el general de brigada D. Casimiro Liceaga, y despues el Sr. director general de ingenieros D. Ignacio de Mora y Villamil; cuyos generales y jefes que entendieron en ellas, ademas de acreditar su inteligencia, trabajaron con una constancia y actividad que siempre les hará honor. Grandes sumas se invirtieron en tantas obras, como se necesitaban para un radio tan prolongado; pero nunca faltó lo preciso. El comisario del ejército podra rectificarlo.

Siendo miserables los cuadros de que se componia el ejército, fué indispensable ocurrir á los cupos y á los cuerpos de Guardia Nacional. No habiendo vestuario en almacenes, fornituras, monturas, ni utensilio alguno, se hizo necesario construirlo todo, estableciendo contratas al efecto. No habiendo tampoco un solo fusil, tuve que disponer que se compraran á cualquier precio, con lo que así se consiguieron (muchos sin bayoneta), y con los recompuestos en la maestranza, de los que habia de desecho, se logró que toda la fuerza quedara armada. Siendo muy escaso el material de guerra, ordené que el infatigable director de artillería general de brigada D. Martin Carrera, elaborase el necesario, y para proveerse á esta necesidad, se trabajó sin descanso y fué preciso gastar sumas crecidas. Se trajeron



de S. Luis Potosí varias piezas de artillería y del Sur otras, y aun las de fierro que estaban en mal estado se pusieron útiles y de servicio. Nada se escusaba al interesante objeto de ponernos en el mejor estado de defensa.

A mi llegada á la capital no existia mas suma que ciento y pico de mil pesos en libranzas del clero, del millon y medio que proporcionó al gobierno en los dias de mi ausencia, y yo me procuré las cantidades que tantas y tan multiplicadas atenciones esigian, á que cooperó eficazmente el ministerio de hacienda con sus buenas relaciones.

En las plazas y en los estramuros de la ciudad diariamente se instruian reclutas, y los gefes se esmeraban de tal modo en los adelantos de sus cuerpos, que en pocos dias se vieron lucidas brigadas, que hicieron concebir muy lisonjeras esperanzas. Las fortificaciones se adelantaban prodigiosamente. Por todas partes se veian talleres que trabajaban los equipos de la tropa. Se alistaron hasta noventa piezas de artillería, y en fin, se contó con veinte mil hombres equipados y armados; en este número se comprendian los cinco mil veteranos del ejército del Norte, y en aquel los veinticuatro cañones que de San Luis Potosí condujo el Esmo. Sr. general Valencia. De manera que el 11 de Agosto, al presentarse el enemigo á las inmediaciones del Peñon, nuestra situacion era imponente y la confianza y entusiasmo se advertian en todos los semblantes.

Apelo sobre esto al testimonio de los habitantes de la capital.

El Esmo. Sr. general D. Nicolás Bravo se me presentó para ser empleado, y puse á sus órdenes la línea de Mexicalcingo, Churubusco y S. Antonio.

Al Esmo. Sr. general D. Juan Alvarez con la division de caballería que tenia á sus órdenes, lo mandé situar en Anacamilpa para que tomara la retaguardia del ejército enemigo, y se interpusiera entre éste y Puebla luego que pasara de San Martin Tsemelucan. Las instrucciones que á este general se le dieron deben constar en el ministerio de guerra: ellas fueron reducidas á que siguiendo la retaguardia del enemigo, lo hostilizara en cuanto fuere posible, y que lo atacase con decision cuando lo viera empeñado sobre alguno de nuestros puntos fortificados, aprovechando en todos casos los descuidos que le advirtiera, siempre obrando con la debida prudencia.

Al Esmo. Sr. General D. Gabriel Valencia, con su division completa lo mandé situar en Texcoco, y se le libraron instrucciones que debe tener en su poder, y han de encontrarse tambien en la secretaría de guerra, en la seccion de operaciones. Su objeto principal era ob-

servar al enemigo, para que si tomaba la direccion de Texcoco, se replegara á Guadalupe Hidalgo, adonde ocupando las posiciones fortificadas recibiera órdenes y refuerzos; mas si el enemigo se decidia á atacar al Peñon, él lo hiciera por su retaguardia, á cuyo objeto cooperaria la division de caballería del mando del Sr. general Alvarez á quien se le advirtió oportunamente que obrara en combinacion con dicho general.

Yo me pasé á situar al Peñon, para estar al frente del enemigo y poder dirigir con acierto las operaciones. En este punto se me presentó el Esmo. Sr. general de division D. Manuel Rincon, y lo empleé en el mando de las fortificaciones principales de aquel cerro. Lo mismo, y con igual entusiasmo, se me presentó el Esmo. Sr. general D. José Joaquin de Herrera, y lo nombré mi segundo. Fué empleado tambien de cuartel-maestre general el Esmo. Sr. general D. José María Tornel, quien manifestó los mayores deseos de servir á la nacion en la campaña.

Como no es posible tener á la memoria el número de tropa, artillería, municiones &c. que guarnecian todos los puntos, y como para poder presentar un detall esacto seria indispensable tener á la vista los estados generales que no me es posible aquí conseguir, ni los planos, que corresponden al director general de ingenieros, me limitaré á hablar de los sucesos en general, y de mis providencias relativas, reservándome presentar aquel, con los requisitos y esactitud convenientes, en la reseña histórica que preparo, para que la nacion sepa cuanto se practicó en su servicio, y conozca á sus leales servidores.

El ejército invasor, á las órdenes del general Scott, desdeñó la batalla que se le presentó en el Peñon, sin duda porque nuestras posiciones le parecieron muy fuertes; y yo pienso, que su buena suerte lo libertó de haberse estrellado en ellas, porque el Peñon estaba perfectamente fortificado, y aun sus proyectiles le habrian servido de poco. En el plano respectivo se advertirán las obras que se dispusieron tan hábilmente, y el mérito de tantos trabajos en tan pocos dias.

Habiéndose dirigido el general Scott hácia el Sur de la capital despues de reconocer las fortificaciones de Mexicalcingo, que no se atrevió á atacar, conociendo tal vez que allí tambien seria batido ventajosamente, me ví en la necesidad de cambiar mi cuartel general á S. Mateo Churubusco, inmediato al punto de S. Antonio, el mas avanzado de aquella línea. La marcha del ejército enemigo fué penosa y dilatada por el camino que tuvo que transitar, y este tiempo



se empleó en la conclusion de algunas fortificaciones y en la mejora de otras. El general Alvarez seguía á su retaguardia acechando la ocasion de hostilizarlo, segun participaba.

No siendo dudoso que el designio del enemigo era ocupar la ciudad de Tlalpam, se previno al general Valencia que cambiara de posicion, retirándose de Texcoco á la ciudad de Guadalupe Hidalgo, para pasar despues al pueblo de S. Angel, como lo verificó.

Al general graduado D. Francisco Perez, gefe de una lucida brigada, con fuerza entonces de mas de tres mil hombres, se le mandó situar en Coyoacán, quedando así cubierta la línea que formaban Mexicalcingo, Puente de Churubusco, convento de igual nombre, Coyoacán y S. Angel, la que apoyaba y servia de reserva al punto inmediato de S. Antonio. Este se encontraba bien fortificado y guarnecido; y como todas nuestras fuerzas inmediatas podian obrar con ventaja y oportunidad, llegué á desear que allí fuera el campo de batalla.

Malicié por algunos reconocimientos del enemigo, que intentaba dirigirse para Tacubaya, y se ordenó al general Valencia que se replegase á Coyoacán, y artillase los puntos de Churubusco con sus piezas, considerándolo en S. Angel, como debia estar en espera de posteriores prevenciones. Mi plan de concentracion sobre la segunda línea, se iba haciendo indispensable, y preciso era tambien preparar una retirada segura á las tropas y trenes de S. Antonio. La sorpresa é indignacion que el general Valencia me ocasionó desobedeciendo mi orden, bien pueden esplicarlas el general Tornel y el ministro de la guerra, que me presentó su contestacion á las 11 de la noche del 18 de Agosto citado. Los mismos señores generales podrán igualmente revelar el anuncio que hice desde aquel momento, á consecuencia de una conducta tan irregular, que echaba por tierra mis combinaciones. Mi primera resolucion fué que se destituyera del mando y se repitiera la orden á su segundo; pero los señores generales citados me calmaron con juiciosas reflexiones, hijas de la mejor intencion, y despues de una conferencia dilatada, en óbvio de escándalos al frente del enemigo, vine en ceder, que solo se le advirtiera: *que sin aprobarle su conducta arbitraria, obrara bajo su responsabilidad como le pareciera*; lisonjeándonos, es verdad, que esto bastaria á hacerle volver sobre sus pasos; pero desgraciadamente no fué así: él continuó inalterable por el camino de perdicion que se habia trazado, y los resultados hoy los deplora toda la nacion.

El dia 19 como á las dos de la tarde, se me presentó en S. Antonio

un ayudante del general Valencia, participándome á nombre de este *que el enemigo se aprocsimaba á Padierna*; lugar adonde de su motivo habia situado á la division del Norte, y me añadió: *que segun los cañonazos que él habia oido en el camino, la consideraba batiéndose*. Este parte fué para mí el anuncio de la gran desgracia que preví la noche anterior, y que á su pesar comenzaba á conocer el inobediente general. Sin embargo de su estraviada conducta, desde este momento solo me ocupé en salvarlo y salvar á los dignos soldados que en mala hora puse á sus órdenes. Destaqué, pues, á un ayudante para Coyoacán, con orden de poner en marcha para Padierna á la brigada del general Perez, y para el mismo punto me dirigí al instante, á galope, seguido de mi estado mayor, de los regimientos de caballería Húsares y ligero de Veracruz, y de cinco piezas de batalla.

Alcancé á dicha brigada saliendo de Coyoacán para S. Angel, y por algunos cañonazos que se oian, la hice caminar á paso veloz hasta las lomas frente á Padierna, en que pude observar la fatal posicion del general Valencia. Esto ya sucedia como á las cinco de la tarde; y aunque me esforcé por reunirme á él, no fué posible estando cortado por el enemigo, y por el terreno que habia dejado á su retaguardia. No habia mas que un solo camino transitable de S. Angel á Padierna, bien angosto, dominado á derecha é izquierda por posiciones que algunos batallones enemigos habian tomado. Busqué paso por los flancos, y me cercioré por los prácticos del terreno, y por mi propia vista, que no era fácil la operacion en el resto de la tarde, pues por la derecha lo impedia una profunda barranca, que se dilatava mas de una legua hasta unas colinas, que se presentaban al Sur-Oeste de S. Angel, y unos quebrados y vallados por la izquierda; y como en los reconocimientos me sorprendió la noche, no me quedó mas recurso que campar y esperar el dia. En seguida una tempestad horrorosa, acompañada de copiosa lluvia, me obligó á disponer que la infantería se abrigase en el inmediato pueblo de San Angel, con orden de presentarse á la madrugada en el propio campo: en éste dejé á los cuerpos de caballería y artillería, que pasaron una noche cruel, porque no cesó de caer agua hasta el amanecer.

Considerando lo que sufriria la division del Norte con la lluvia, sin abrigo alguno, y que ni los hombres ni las armas quedarian útiles para empeñar una accion al otro dia, anhelando evitar la derrota que preveia, ordené al general Valencia que en la misma noche, clavando la artillería, se retirara á S. Angel, pudiendo servirle de



guía el que conducía á mi ayudante de campo coronel D. José María Ramiro, portador de mi orden; pero obstinado en desobedecerme, la despreció, y permaneció en aquel funesto lugar.

Inquieto yo por el cuidado que naturalmente me ocasionaba la temeridad del general Valencia, cuando hasta los elementos nos eran contrarios, al rayar la aurora dispuse que la infantería, abrigada en San Angel, emprendiera su marcha. Lo mismo verificó la brigada del general Rangel, que hice venir de la Ciudadela con intencion de abrirme paso á toda costa hasta el campo de Padierna. Caminaba á la cabeza de dichas brigadas, cuando oí un corto tiroteo de fusil por mi vanguardia: se apresuró el paso, y se me presentaron á la vista grupos de nuestra caballería que en retirada venian, y de quienes recibí la fatal nueva que estaba temiendo. Cuando no me cupo duda de la derrota del general Valencia, emprendí la contramarcha con la mas amarga pena.

Este general mal aconsejado, ó guiado de una ciega ambicion, juzgando fácil una victoria con la brillante division que mandaba, se lanzó al crimen con doble mira: si la fortuna le era favorable, apropiarse solo la gloria; si adversa, hacer recaer sobre mí la responsabilidad y desconcepto consiguiente. Esto está comprobado con el folleto que se apresuró á publicar, y que todos han visto, esperanzado sin duda en la credulidad del vulgo, y en el apoyo que encontraria en las facciones que están á caza de pretextos para hostilizarme de la manera atroz que lo hacen. Pero á tantas acechanzas, yo no opondré mas que hechos y testigos que harán valer la verdad y justificarán la sanidad de mis procedimientos.

En el pueblo de San Angel reuní todas mis fuerzas y porcion de dispersos de Padierna. Estos declararon, *que estando todo el armamento mojado, y no siendo posible responder al fuego del enemigo, la tropa buscó su salvacion en la fuga.* Destaqué dos ayudantes con órdenes para los Sres. generales Bravo y Gaona, reducidas á que *sin pérdida de instante se replegaran á las fortificaciones de la Candelaria,* y continué la retirada con direccion á Churubusco.

En el Puente de Panzacola ordené á la brigada del general Rangel, *que regresara á la Ciudadela,* y así lo verificó.

Mi retaguardia comenzó á batirse desde San Angel, á donde fué alcanzada por el enemigo. A mi paso por el convento de Churubusco, advertí al Sr. general Rincon lo que acababa de acontecer á la division del Norte, para que estuviera prevenido como gefe del punto. Debiendo llamar mi atencion preferente en aquel momento las tropas

y trenes de San Antonio y de Mexicalcingo, me apresuré á protegerlas en su retirada, situando en el puente de Churubusco la brigada del general Perez. En este lugar se me participó que el general Gaona se habia ya dirigido para la Candelaria, y que el general Bravo comenzaba á moverse. Momentos despues, llegaron al puente las compañías de San Patricio, el batallon de Tlapa y otros piquetes, y toda esta fuerza la mandé luego de refuerzo al convento inmediato de Churubusco, á donde para su defensa se encontraban los batallones Independencia y Bravos. Antes habia dispuesto quedasen con igual objeto las cinco piezas de artillería que venian de San Angel, y se les dió colocacion oportuna.

Me ocupaba de apresurar el movimiento de los trenes y tropas de S. Antonio, cuando por la retaguardia de éstas, el enemigo, que venia á su alcance, rompió el fuego. Con poca diferencia de tiempo aconteció lo mismo por el convento de Churubusco. Las tropas de San Antonio se desordenaron y abandonaron el material que venia con ellas, lo que produjo gran confusion, que vino á aumentar el arrojado del enemigo cuando llegó muy cerca de los fosos. Sin embargo, se rompió sobre él un vivo fuego, y se logró rechazar su primer ímpetu, trabándose en seguida una reñida accion.

En un momento que cesó el fuego, observé que un batallon enemigo por nuestro flanco derecho se dirigia á la Hacienda de los Portales para tomarnos la retaguardia y cortarnos la retirada. Para frustrar su intento ordené al coronel del batallon cuarto ligero, *que á paso veloz se posesionara de aquel edificio,* y como en el movimiento viera dilacion, fuí en persona á hacerlo ejecutar debidamente. Rechazado el batallon enemigo con grande pérdida, se aseguró nuestra retirada.

En Portales recibí parte de *haberse rendido el convento de Churubusco, y esta novedad habia producido desaliento en las tropas que defendian el puente, de manera que unas se retiraron con el general Bravo por Mexicalcingo al Peñon, y otras venian replegándose por el camino recto.* Esta otra desgracia nos produjo la pérdida de un gran material, y me hizo conocer la necesidad de replegarnos cuanto antes á nuestra segunda línea, como lo verifiqué con cuantas fuerzas pude reunir en Portales, llegando á la Candelaria entre cinco y seis de la tarde. Las tropas que el general Bravo llevó consigo, no pudieron incorporarse á la capital hasta la mañana siguiente.

La audacia de algunos dragones enemigos, llegó al extremo de atrevesar á escape la columna que de Portales se retiraba, hasta los parapetos de la Candelaria, á donde siendo conocidos se les hizo fuego,



resultando todos muertos menos un oficial que cayó prisionero. Este declaró en aquel momento con bastante desembarazo, *que sabiendo por uno de nuestros prisioneros que entre aquella tropa se encontraba el general Santa-Anna, habia tomado la resolucion con los soldados que lo quisieron seguir, de alcanzarlo y quitarle la vida, pues si lo lograban adquiririan gloria, y si no, moririan con honor.* Cuando me impuse de esta declaracion, ordené que tal prisionero fuera tratado con toda consideracion, porque lejos de ofenderme su audacia, tributaba á su valor el homenaje debido.

Ni en el resto de la tarde ni en la noche ocurrió novedad particular, y sin embargo, dicté cuantas providencias creí convenientes para la mejor defensa de nuestra segunda línea, que juzgué seria muy pronto atacada.

Desde las cuatro de la mañana del día siguiente estuvo todo preparado para el combate, no obstante el mal estado en que nos habian colocado los sucesos del anterior; pero como á las once recibí en la calzada de la Viga el oficio del general Scott que acompañó en copia con el número 1, en que me proponia el armisticio de que está la nacion impuesta, que yo acepté al instante, como consta en la copia número 2, por nuestra situacion desesperada. Los descalabros de Padierna y convento de Churubusco; la pérdida de una mitad de nuestra mejor artillería; la de tanto parque y fusiles; la baja, en fin, de mas de la tercera parte de ejército, habian causado tal desaliento, que si el enemigo repite su ataque, como yo lo esperaba, seguramente ocupa la capital sin mucha resistencia. Este convencimiento me hizo considerar como una providencia del cielo aquel suceso inesperado, que venia á cambiar la situacion que aguardábamos, como en efecto sucedió.... ¿Quién negará que el 8 de Septiembre escapó el ejército enemigo afortunadamente de ser derrotado? ¡Ah! sin la cobardía de algunos de nuestros militares, sin el egoismo de nuestros ciudadanos y sin las arterias de algunos funcionarios de los Estados, ¡cuán diverso aspecto presentaria hoy nuestra república! ¿Qué valen los esfuerzos de un solo hombre contra tantos contrarios?

Las conferencias habidas con el comisionado del gobierno de los Estados-Unidos, nadie dirá que han perjudicado en alguna cosa á los intereses de la nacion. Ellas publicadas, han desmentido la multitud de especies que divulgaron entónces contra mi conducta los agentes del desorden y mis constantes enemigos, y dado á conocer al mundo las ecsageradas é injustas pretensiones de aquel gobierno, que abusando de su preponderancia ó de su fortuna y de nuestras

desgracias, ha querido humillarnos privándonos por la violencia de mas de la mitad de nuestro territorio.

Encontrándose en el adjunto parte ya citado la relacion de los sucesos posteriores al armisticio, concluyo aquí con el presente, acompañando copias de las comunicaciones que precedieron á la prosecucion de hostilidades, y que van marcadas con los números 3 y 4.

Reciba V. E. con este motivo las consideraciones de mi particular aprecio.

Dios y libertad. Tehuacan, Noviembre 21 de 1847.—Antonio Lopez de Santa-Anna.—Escmo. Sr. ministro de guerra y marina.—Querétaro.

#### NUMERO 1.

Cuartel general del ejército de los Estados-Unidos de América.—Coyoacan, Agosto 21 de 1847.—Escmo. Sr. presidente de la república de México y general en jefe de su ejército.—Demasiada sangre se ha vertido ya en la guerra que se ha suscitado, y que no debiera esperarse entre las dos grandes repúblicas de nuestro continente. Tiempo es de que las desavenencias que las dividen se trancen de una manera amistosa y honorífica, y no ignora V. E. que se halla en este ejército de mi mando un comisionado que han nombrado los Estados-Unidos, y que está investido de plenos poderes para el efecto. A fin de que las dos repúblicas puedan entablar negociaciones, me avengo á firmar, bajo equitativas condiciones, un armisticio de una duracion corta.

Esperaré con impaciencia hasta la mañana del día que sigue al de la fecha de esta nota, una contestacion á ella, pero entre tanto tomaré posesion de aquellos puntos de fuera de la capital que necesite para el abrigo y bienestar de mis tropas.

Tengo el honor de suscribirme con alta consideracion y profundo respeto, obediente servidor de V. E.—Windfield Scott.

#### NUMERO 2.

A S. E. el general Windfield Scott, en jefe del ejército de los Estados-Unidos de América.—Señor.—El infrascrito ministro de guerra y marina del gobierno de los Estados-Unidos mexicanos, ha recibido orden del Escmo. Sr. presidente general en jefe, de contes-